

sido fusilado su padre por insurgente, puso en libertad á trescientos prisioneros. ¡Honor eterno al héroe de la humanidad! Los españoles, cuando cayó en sus manos, respetaron en él tan subido temple de alma.

Los realistas por su parte, ya españoles ya mejicanos, acudían generosos con sus personas y dinero á defender la causa del gobierno; y tales ejemplos ofrecieron de desprendimiento y de valor en esta lucha sangrienta, que pudieran honrar los buenos tiempos de Grecia y de Roma: la historia les hará justicia, y se la hará muy especialmente á un gobierno que, sin nuevos recursos fuera de los que dentro de casa se le ofrecían, sin gravar al erario mas que con insignificantes partidas, sin socorros de fuera, porque los escasos que de la metrópoli se le enviaron mas eran de temerse que de agradecerse, desplegó una fuerza militar de ochenta mil hombres, y logró en fin apaciguar una tempestad que tan brava habia comenzado, y en tan graves conflictos habia puesto á aquella sociedad.

Mientras la guerra andaba fiera entre los dos campos y se cebaba cruel en las vidas y las haciendas de tantos infelices inocentes, armas de otro temple se cruzaban en la contienda; y los dos partidos, celosos cada cual

de su justicia, la defendían con manifiestos, con proclamas y discursos, y recíprocamente se lanzaban las mas furibundas acriminaciones. Plantear la imprenta libre, como hicieron en las dos épocas nuestros constitucionales, en medio de una sociedad así agitada, era no ya tan solo errar sino desatinar de una manera incomprensible; era dar pábulo á la hoguera que consumía á América, y suministrarle una arma poderosa de que ella se sirvió con infinita astucia en ambos lados del Atlántico para labrar su independencia.

No recorreré tampoco los pormenores de esa guerra de folletos: solo analizaré someramente dos producciones las mas notables de aquella época, que reproducen fielmente las pasiones que la conmovían, y reasumen los argumentos en que cada partido pretendía apoyar su causa.

Es hermosa de pelearse la causa de la independencia y libertad de las naciones, pero en su día; que no todos son buenos para el combate. ¡Qué espectáculo tan magnífico no ofrece al mundo la lucha de la independencia de las colonias inglesas en América, en que á vueltas de grandes victorias se ve brillar la cordura de los gefes en estos sentidos términos: "Nosotros implora-

mos devotamente la piedad de Dios para que nos proteja en este conflicto, haciendo que nuestros contrarios se inclinen á una reconciliación equitativa!" ¡Cuán grandioso cuadro el del levantamiento de España, en que la fuerza y el derecho se abrazan cuerpo á cuerpo sobre esta arena de campeones y de lides inmortales, y dan un momento al universo el espectáculo de una lucha de gigantes, hasta que plugo á Dios acordarse de que gobierna el mundo, y que era ya tiempo de advertirle que no en vano llevan sus manos omnipotentes las riendas de este gobierno!

Causas semejantes están seguras de hallar pechos y cabezas que las defiendan con heroísmo é inteligencia; mas nada hay de noble, ni de grande, ni de justificado en el genio de la revolución mejicana, que es por cierto bien digna del patrono que la vindica en el manifiesto que en 1815 dió el supremo Congreso mejicano á todas las naciones.

En él se toma el hilo de la independencia mejicana desde la disolución de la monarquía en el año de 8, y su sustitución por mil gobiernos tumultuarios en representación de un rey destronado y cautivo, y se la apoya en los derechos de los indígenas ó

de la América sojuzgada por el monarca español hasta 1810; se anatematiza la tiranía de los trescientos años con las frases en voga de *la ferocidad de nuestros conquistadores*, de *la mas desenfrenada arbitrariedad*, de *la marca afrentosa de colonos*, &c., &c.; se encomia la conducta del virey Iturrigaray, *victima de una facción despechada* que sembró todos los horrores de la tiranía; se cita la liberalidad de la Junta central, *que los elevó del abatimiento de colonos á la esfera de ciudadanos*, pero que sin embargo de sus promesas *no varió las instituciones anteriores*; se insiste en la pertinacia de las Cortes *en negarse á las vigorosas reclamaciones de nuestros diputados*, para sostener las cuales *levantamos en Dolores el grito de independencia*; se encarecen los esfuerzos posteriores de los mejicanos para lograr una avenencia, y las víctimas inocentes sacrificadas por la soldadesca española, y se concluye con esta invocación que da idea del estilo, conocida ya la trama de argumentos sobre que se estiende el manifiesto. "¡Naciones ilustres que pobláis el globo dignamente, porque con vuestras virtudes filantrópicas habeis acertado á llenar los fines de la sociedad y de la institución de los gobiernos, llevad á bien que la América mejicana se

*

atreva á ocupar el último lugar en vuestro sublime rango, y que guiada por vuestra sabiduría y vuestros ejemplos llegue á merecer los timbres de la libertad!"

A este ultimatum de la revolucion contestó por el órgano del virey Calleja el superior gobierno de Nueva-España con otro manifiesto á las naciones, á quienes por unos y por otros se traia á vueltas en este singular litigio. Se contesta que es extraordinaria su pretension de representar á Méjico, y se marcan el origen y carácter de la revolucion asi como de sus gefes; que no quedó disuelta la monarquía el año de 808 por las renunciaciones de Bayona, habiendo antes bien el espíritu nacional acogido el espirante principio monárquico y reanimádole con su entusiasmo en las juntas y gobierno central que les sucedió; que es ridícula en boca de los hijos de los conquistadores la especie de los derechos de la raza conquistada; que no hubo tiranía en los trescientos años, sino muy entendido y paternal gobierno, á cuya sombra vivió dichosa la América; que jamás España la trató de colonia, sino de porcion integrante de su imperio, dando á sus hijos los mismos derechos que á los peninsulares; que hubo cuando menos una grande imprudencia en el paso del vi-

rey Iturrigaray, haciéndose la historia de aquellos sucesos, y que la *faccion despechada* que le derribó no la componian sino los hombres mas prudentes y virtuosos de Méjico; que era mala correspondencia á las liberalidades de la Junta central la conducta de la rebelion, y sobre todo un singular medio de apoyar las reclamaciones de los diputados el haber dado el grito de independencia en Dolores, prescindiendo de que semejantes reclamaciones no existian; que los bandidos habian sido ellos, y por eso se habia alzado la sociedad para su esterminio. Todo se apoya con hechos y fuerte raciocinio, y se concluye tambien con esta perorata: "Naciones de la tierra, recordad que la España á costa de su valor y su sangre echó los fundamentos de la libertad moderna de la Europa; que barrenó la primera el trono de bronce donde se sentaba el tirano de todos los pueblos; que honrada y pundonorosa ha mantenido fielmente sus contratos y satisfecho sus palabras; que ni sus armas ni su política han ofendido á ningun Estado; que exenta de ambicion y de solicitudes ostentosas se limita á reproducir su antigua felicidad y á conservar lo que le pertenece. Recordadlo pues, y fijando luego vuestra vista sobre el virtuoso so-

berano que ocupa su solio, decidid si merece que ni por un momento atendais las injustas y gigantescas pretensiones de una gavilla de facinerosos, traidores y rebeldes, que intentan deshonraros intentando igualarse con vosotros.”

La lucha comenzada bajo tan negros auspicios tocaba ya á su fin. Primero se habia empleado para conseguirlo la severidad, mas tarde la blandura; pero he aqui que de repente aparece triunfante la revolucion, habiendo esta vez echado profundas raices en el gobierno, desde donde partió irresistible para enseñorearse de la sociedad.

Las personas mas notables del pais se habian señalado en la guerra por sus servicios al gobierno, ya personales ya pecuniarios, y entre los militares descollaba Itúrbide, azote de la insurreccion, combatiendo con heroismo contra la cual habia ganado el alto rango que ocupaba en la milicia. En él puso la mira el virey penúltimo de los que mandaron en Méjico, que tanta gloria habia alcanzado en la pacificacion de Nueva-España, para dar cima á sus planes de reaccion contra el régimen liberal que acababa de reinstaurarse en la metrópoli, y con el santo fin, se añade, de asegurar á Fernando una brillante retirada. Itúrbide

hubo de aprovechar la coyuntura que la suerte le proporcionaba de labrar la independencia de su patria, y poniéndose de acuerdo con algunos gefes del ejército dió el grito de Iguala, en que el pensamiento dominante de la emancipacion se vestia de varios colores para que cada uno pudiese descubrir en él la facil espresion del suyo. Tres garantías se establecian principalmente; la de la conservacion de la religion católica, apostólica, romana; la de la independencia bajo una monarquía borbónica; y la de la union íntima entre americanos y europeos: todas tres seducian grandemente los ánimos, ansiosos de un orden estable, y lisonjeaban los intereses y las mas legítimas esperanzas de aquella sociedad; mas singularmente la segunda deslumbró á los españoles y al ejército, y les hizo dar en el torpe lazo que les habia tendido la astucia americana. Jamás Itúrbide ni los que le sucedieron en el mando se creyeron en lo mas mínimo ligados por aquel solemne compromiso, que públicamente llegó á confesarse por el gobierno habia sido un medio artificioso empleado en aquellas circunstancias para suavizar las resistencias y arribar al anhelado término de la independencia: he aqui pues un malísimo principio del nuevo orden de cosas,

un engaño como punto de partida del reinado de la libertad y de la independencia.

La opinion pública acogió con entusiasmo el astuto plan: la revolucion se presentaba ya con baston y peluca; pero no era facil vencer por solo un engaño á un partido omnipotente la víspera. Vuelto en sí de la sorpresa y conocido el carácter de la revolucion, este partido estuvo para ahogarla en su cuna; mas vino en su ayuda segunda y mas agravante defeccion de otra parte del ejército y su gefe, é Itúrbide que se aprestaba á huir á uña de caballo, pudo desde Querétaro tomar el camino triunfal de Méjico.

Desorganizado como por encanto el partido español, cual acontece con un ejército florido cuando la traicion le desmoraliza y dispersa, sobran todavia los elementos, pero faltaba el centro donde debian venir á reunirse. No escaseaban los soldados virtuosos ni los patriotas desinteresados con que de pronto contener el torrente y aguardar mejores dias; mas faltaba direccion, y entretanto la traicion alcanzaba á la traicion, y todo conspiraba al engrandecimiento del nuevo poder. El nuevo virey pisó en esto las playas de Veracruz, bastante á tiempo para firmar en Córdoba su ignominia y la

del gobierno cuya voz tomaba. La intriga de la independencia, conducida en Madrid por Ramos Arispe y sus cólegas de diputacion, le habia elevado á aquel alto puesto para vender de una manera infame los intereses y el honor de su nacion.

La historia calificará la conducta cuando menos imprudente del gefe de una colonia importante, que á dos mil leguas de la metrópoli se atreve á fraguar una contrarevolucion al frente de un enemigo astuto, pronto á utilizar el menor descuido: ella será aún mas severa con un ejército y unos gefes que se creen con el derecho de interpretar sus deberes y de trasportar su afeccion y obediencia á objetos distintos de aquellos que juraron defender con su sangre, y será su sancion en este punto un nuevo peso añadido á la máxima de que toda intervencion en los negocios públicos debe ser vedada á la fuerza armada, no habiendo nunca los ejércitos abrogádose el derecho de deliberar sobre ellos sin imponer la infame servidumbre de la espada á las naciones que tuvieron la debilidad ó la desgracia de consentirlo. En fin, la historia hará una mencion de ese alto clero de conciencia elástica, que en odio de la libertad tomó una parte tan principal en la contra-

revolucion, y de esos ricos comerciantes españoles, que franquearon al héroe de Iguala sus tesoros para ayudarle á salir airoso de su empresa.

No es este un grito de dolor arrancado al sentimiento de tamaña pérdida: naufragaran mil veces las colonias si el honor nacional se hubiera salvado, si se hubiese respetado un poco mas la moral, si hubiera habido menos venalidad, menos lujo de debilidad y de bajeza, mas virtud. Demasiado visible estaba que ya no podíamos por mucho tiempo soportar el peso de las colonias; y que en la hora de la desgracia, desorganizada España, sin ejército, sin marina, sin erario, era preciso ante todo aliviarla de ese formidable peso; asi como cuando la ola de la tempestad ruge en el costado de la nave y amaga sumergirla, se hace indispensable barrer la cubierta de toda sobrecarga, y arrojar al mar hasta los fardos y objetos mas preciosos.

Las Córtes pudieran haber dado otra importancia á este grave asunto, y no contentarse á la postre con enviar emisarios que explorasen el terreno, cuando ya se habia perdido tanto tiempo precioso, y los sucesos, agolpándose con precipitacion, habian hecho perder de vista el punto de

partida de la revolucion. Su política jamás estuvo á la altura de los sucesos: ó retener las Américas con mano fuerte escatimándoles ó mejor negándoles la libertad, y modificando el sistema colonial en el sentido de la administracion de Carlos III, ó de una vez emanciparlas asegurando á la metrópoli en ellas un honroso cuanto util protectorado; pero soltar por una parte la mano en la concesion de derechos políticos que solo sirvieron de irritar su apetito de independencia, y por otra pretender que todo continuase bajo el antiguo pie, era exigir que el magnífico navío del nuevo mundo, dadas sus velas al viento de la libertad, guardase el compás de la chalupa de la península en el revuelto mar de la política. En 1810 habia dicho Abad y Queipo á la Junta central: "Ya no pueden conservarse las colonias por las máximas de Felipe II," y proponia saludables reformas; pero poco antes la habia advertido de un escollo terrible en este punto, y conjurádola á que evitase las complicaciones de la libertad con estas notables palabras: "Las novedades de gobierno son en extremo peligrosas en tiempos de agitacion.... No renuncie V. M. la gloria de salvar la patria y darla á su tiempo la constitucion de que es digna." Este prudente consejo di-

rigido á la política interior, tenia doble fuerza aplicado á la política colonial de España, como bien tristemente lo ha acreditado despues el tiempo.

La estrella de Itúrbide tocaba por entonces á su ocaso. El clero y el ejército hubieron menester un ídolo, y le improvisaron; mas vióse al punto que la comedia no pegaba, y el protagonista, cubierto aún de púrpura, deshizo la tormenta retirándose con mil excusas de la escena, no sin reservarse para mejor coyuntura. No se forja tan facilmente una dinastía, sobre todo si hay que acoplarla con un orden social minado por la revolucion; mucho menos se improvisa una monarquía. Itúrbide se hizo ilusion sobre sus medios, y entontecido por la lisonja se precipitó, sin acreditar aquella noble y grande ambicion que sabe aguardar su dia despues de haberse enlazado con los destinos de la patria. La guerra de la independencia habia mostrado de bulto su prudencia y su valor; la política le habia encontrado flexible y artero, pero no bastante ambicioso; todos le dan interesante figura y maneras seductoras. Cayó pues herido del grito popular que acababa de ensalzarle, y por el instrumento de ese mismo ejército que le habia alzado al solio, y cuyos gefes ahora

descontentos (españoles aún) daban la popa de su ambicion al nuevo viento que comenzaba á dominar en el ya agitado mar de la política.

La fiebre de la libertad empieza: los hombres de estado de Méjico creen buena mente que la educacion política de un pueblo puede forzarse con artículos de periódicos, y los escriben en abundancia: su penetracion descubre y analiza en el instante los elementos de la sociedad humana, sorpréndela en su cuna, la sigue en su desarrollo y la descifra en su estado actual; hallan la naturaleza del poder, y en este hallazgo encuentran armas con que combatir á todos los tiranos y aún pulverizarlos, sin que de esta dura flagelacion se exima la triste España, que en tan menguada hora dirigió las proas de sus naves hácia aquellas hasta alli floridas y dichosas playas para someter á su bárbaro despotismo á aquellos desnudos é inocentes indios, tan adelantados en todas las artes de la civilizacion, y luego tener la inconcebible audacia de dominar por trescientos años con tan despótica dominacion aquel suelo virgen, y de chupar los tesoros que sus entrañas escondian. Mas he aqui que en medio del desorden en que ven envuelto el mundo hallan un lugar de

él donde dulcemente reposar su fatigada vista; pues allí todo es virtud, dicha, buena fe y particularmente libertad. No habia que titubear en la eleccion, pues en el caso de elegir se estaba entre todas las formas conocidas de gobierno, desde la que se practica en el serrallo de Constantinopla hasta la que rige en el capitolio de Washington. Asi pues quedó acordado que habria Estados-Unidos mejicanos, un presidente, congreso general y particulares, corte suprema de justicia coronando la jurisdiccion comun y administrativa y aun la política, imprenta libre para decir cuanto lisonjease á los oidos mejicanos, jurado, gobernadores y prefectos; en fin, cuanto puede satisfacer la imaginacion mas antojadiza y dificil en materia de instituciones.

Pero como no era razonable que todo se copiase donde se aspiraba á la originalidad, y se creia haber descubierto los principios de la ciencia política, se hicieron dos enmiendas importantes á la Constitucion del Norte, con las que la mejicana se dió como la obra mas acabada que hubiese salido jamás de una oficina de constituciones; todo con el santo fin de acomodar aquellas estrangeras instituciones al genio, á la índole y estado social de los mejicanos. La primera

fue que no habria mas que una sola religion, la católica, apostólica, romana, poniéndose en consecuencia las trabas oportunas á la admision y naturalizacion de estrangeros para que la república no se llenase de hereges; las rentas y el fuero de los eclesiásticos quedaban en consecuencia garantidos, asi como los conventos. La segunda fue que, pues se iba á entrar en un régimen legal de ciudadanía y patriotismo, habria un ejército permanente, que á cada cual hiciese entender su deber con la punta de la bayoneta, en el que se pudiese gastar algo de tanto dinero como Méjico producía, y mediante el cual se sostuviese con creces ese espíritu belicoso tan característico de los mejicanos, y que tanta falta hace en una república federal.

Bajo tan brillantes auspicios se inauguró la era de la libertad en Méjico, y comenzó á funcionar la complicada máquina del gobierno federal. Cuánta inteligencia de combinacion y tacto de ejecucion se necesite para obtener de ella regulares resultados, cuán grande instinto de legalidad en las masas para no turbar sus movimientos, cuánto patriotismo en todos para contenerse allí donde la ley no alcanza, y suplir sus defectos y neutralizar sus errores,

no hay para qué ponderarlo. Lo pasmoso es que los mejicanos al salir del despotismo vireinal, que ninguna parte les habia dejado en la direccion de los negocios, tuviesen serenidad bastante para apechugar con las dificultades de la forma de gobierno mas delicada y sábia que se conoce, ante la cual titubearon dos años los norte-americanos como para penetrar toda la profundidad del compromiso antes de contraerle, y eso que por su carácter y hábitos públicos parecian destinados á ensayar aquella nueva forma de organizacion política.

Como quiera que sea, la Constitucion federal se hizo, y cada estado fue haciendo la suya, y el pais entero pareció transformarse al contacto de una vara mágica, de que brotaban como de la nada las Constituciones, las leyes innumerables, las reformas de todas clases, los presidentes y gobernadores, los diputados y senadores por centenas, los ministros, los diplomáticos, los ejércitos y las armadas. ¡Deslumbradora fantasmagoría, que tan pronto debia de hacer lugar á la dura é inflexible realidad de las necesidades sociales desatendidas!

La primera de estas necesidades es la del orden, que es el principio de la autoridad en accion, acatado en el pleno ejercicio

de sus sagradas funciones; mas la autoridad que regia los destinos de la sociedad no reconocia en aquel sistema de gobierno un centro fijo. Éranlo en el papel las asambleas, á cuyo poder irresistible ningun dique efectivo se oponia en el artificio constitucional; mas de hecho el verdadero poder gobernante, ó mejor dicho disolvente, de aquella sociedad era el club, de donde partia á desolarla la lava de las mas villanas pasiones, atizadas por la mano de un ministro de los Estados-Unidos, de odiosa memoria en Méjico, que parecia ostensiblemente aspirar á una disolucion social.

La federacion no existia mas que de nombre: cada estado hacia su voluntad, ó mas bien, obedecia á la de una docena de mandarines afiliados; habiendo alguno, como el de Guanajuato, logrado escapar en parte á esta epidemia anárquica, y echar la semilla de algunas útiles reformas. Ni podia lógicamente suceder de otro modo en medio de una dislocacion tan grande, ni el edificio del gobierno asentarse sobre un terreno partido en mil pedazos por la mina de la revolucion. El club era alli la única oficina posible de gobierno: el antiguo club liberal, organizado por el ejército expedicionario, continuaba con el nombre de rito

de Escocia dirigiendo la revolucion, y en él tenían que afiliarse los hombres de talento y de orden para influir de alguna manera en los destinos de la sociedad; pero frente por frente de sus lógiás se alzaron las de York, organizadas por Poinsett, que acabaron por invadirlo todo y llenar de escándalos y de devastacion aquella triste sociedad: la espulsion de los españoles fue su obra favorita.

Iba pues subiendo el termómetro político, cuando la conspiracion del P. Arenas vino á dar cuerpo á las sombras de conspiracion evocadas por el genio del mal para la terrificacion de aquella sociedad y recrudescimiento de sus profundos males; y no hay que estrañar que tuviesen algun fundamento esos rumores, pues el gobierno de Fernando hizo cuanto puede hacerse en la línea de la incapacidad para apretar el dogal al cuello de los tristes españoles de Méjico, despues de haberlos dejado cobardemente en la estacada, ya abandonando el castillo de Ulua por la criminal apatía de las autoridades de la Habana en mantener relaciones con él, ya organizando la estrafalaria espedicion de Barradás, para la que no faltaron fondos en la Habana, pues que su final resultado tenia que ser

la consolidacion de la independencia mejicana.

De todos modos, el tal padre con muy pocas ceremonias fue llevado al patíbulo, y tras él siguió el mismo júgubre camino un general español, y el del destierro y la ignominia otros dos, primeros figurantes en el drama de la revolucion, cuya desgracia detiene en este punto mi pluma.

Pero lo que es infinitamente mas sensible, tras de estas víctimas mas ó menos culpadas siguieron millares de otras inocentes; siguieron los españoles en masa y sus desoladas familias que tuvieron que ir á comer el pan de lágrimas del destierro. Fue ese un dia de llanto para aquella trabajada sociedad, de la cual no podia arrancarse de cuajo al español sin arrancar un pedazo de sus entrañas, identificado como se hallaba con ella por un trabajo social de trescientos años. La naturaleza y la humanidad no podrán recordarle sin horror, porque ese dia presenció actos de una inmoralidad espantosa, cuyos rasgos se resiste á trazar la pluma; pero ya que en la ley y en la sangre no encontrase asilo la humanidad, encontróle segurísimo en los brazos de la esposa y en el seno de la amistad. La voz de muchos distinguidos mejicanos se alzó tam-

bien elocuente dentro y fuera del parlamento para defender con heroísmo una causa perdida de antemano, por la cual sin embargo abogaban mil consideraciones de dignidad nacional y de conveniencia política.

Los insensatos agitadores no sabían que se vengaban en sí mismos, ó mejor dicho, en la sociedad cuya voz falsamente tomaban; porque aquel día marcó para ella una era de desgracias públicas y privadas, que todas han ido eslabonándose y acreciendo hasta traer á la república á dos dedos del abismo. Los capitales emigraron entonces, y España ni aun tuvo el talento de atraerlos: con ellos emigró también porción de hombres inteligentes y laboriosos, y los estrangeros que tanta parte habían tomado en su espulsion con la mira de reemplazarlos se quedaron efectivamente sin competidores, pero también sin unos vigorosos auxiliares de la produccion, que en lo sucesivo se resintió siempre de este golpe fatal. El crédito de las instituciones recibió entonces una herida profunda.

La asonada de la Acordada y el saqueo del Parian fue uno de los episodios de este drama vergonzoso; y por cierto que habiendo sido los españoles el blanco de las iras

populares, y de otras iras no tan populares de las que se aplacan con cierto específico, es extraño que no hayan obtenido ninguna reparacion, cuando los franceses que poco, si algo, perdieron allí, han engrosado su famosa lista de reclamaciones con buenos *item* del Parian.

La intentona de Barradas vino poco después á poner el sello á los desaciertos del gobierno español, que logró con este deplorable alarde de fuerza robustecer dentro y fuera la revolucion mejicana, y comprometer gravemente la suerte de los españoles que allí quedaban. La estupidez fabulosa del gefe de la expedicion ofreció un triunfo facil, no á las armas de Méjico, sino á las arterías del que las mandaba; y no fue parte bastante para impedir que brillasen en todo su esplendor la bizarría y el patriotismo de aquel puñado de héroes, que diezmados por la fatiga, por la guerra, y mas que todo por un clima devorador, todavia esparcieron hasta el fin entre sus enemigos el terror de su nombre, y cuanto de ellos dependia dejaron bien parado el nombre de España en aquella tierra clásica para ella de honor.

En medio del incienso de la victoria el reinado de los patriotas tocaba por entonces á su fin, porque también sus demasías